



TE RUEGO QUE ME HAGAS JUSTICIA

Domingo XXIX del Tiempo Ordinario



Éx 17, 8-13 | Sal 120, 1-8 | 2Tim 3, 14—4, 2

Evangelio según san Lucas 18, 1-8

Después Jesús les enseñó con una parábola que era necesario orar siempre sin desanimarse: En una ciudad había un juez que no temía a Dios ni le importaban los hombres; y en la misma ciudad vivía una viuda que recurría a él, diciéndole: Te ruego que me hagas justicia contra mi adversario. Durante mucho tiempo el juez se negó, pero después dijo: Yo no temo a Dios ni me importan los hombres, pero como esta viuda me molesta, le haré justicia para que no venga continuamente a fastidiarme. Y el Señor dijo: Oigan lo que dijo este juez injusto. Y Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos, que claman a él día y noche, aunque los haga esperar? Les aseguro que en un abrir y cerrar de ojos les hará justicia. Pero cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe sobre la tierra?



Perseverar en la certeza de ser escuchado

Entre los temas que aparecen con mayor frecuencia en el evangelio de Lucas, la oración tiene un lugar importante. De muchas formas el Evangelista vuelve sobre esta materia. A veces por discursos, a veces por actitudes de diversos personajes: Jesús, María, Zacarías, Isabel y otros.

Tan importante es la vida de oración que muchos cristianos se han dedicado exclusivamente a ella dando lugar a vocaciones específicas. Sin embargo, el mandato a perseverar en oración se dirige a todos sin importar nuestra tarea y misión.

Volviendo al texto, en la tradición bíblica la viuda es símbolo por excelencia de la persona que vive sola y desamparada, con pocas fuerzas físicas y desprovista de toda ayuda. En la vida solo encuentra indiferencia, un juez sin religión al que no le preocupa el sufrimiento de nadie.

Lo que pide no es un capricho, sino justicia. Más allá del dolor y la insignificancia su vida es una protesta repetida con firmeza *hazme justicia*.

La viuda pedía justicia; el juez le hizo justicia. Jesús dice que Dios hará justicia, así será. La Palabra nos enseña que el motivo de la súplica de los discípulos debe ser “que haya justicia” y con perseverancia crear ambientes que respondan a esa voluntad de Dios.



El drama de la pobreza

“Vengo con el corazón destrozado, Señor,

ante el drama de la pobreza.

Tengo la sensación de que todo me supera.

Y siento rabia interior, Señor,

porque hombres y mujeres viven arrastrados y por los suelos

por los caprichos e injusticias de otros.

Esto no es tu reino, Señor.

Esto sí que es nuestro reino,

construido a medida del capricho de unos pocos.

Ayúdame, Señor, a ser voz de los que no la tienen;

a buscar la justicia de los que padecen la injusticia;

a colaborar en la transformación de la realidad construida por egoísmo.

Ayúdame, Señor, a no acostumbrarme a que «la vida es así»,

ni a que siempre tiene que haber ricos y pobres.

Que la pobreza y la injusticia se me claven en el corazón

y me reten cada día

a anunciar el Evangelio a los pobres,

a denunciar la injusticia de los injustos,

a comprender las bienaventuranzas”.

(Oraciones para catequistas y evangelizadores,

Álvaro Ginel, Editorial Claretiana, 2008).



Oír los clamores por justicia que no cesan

Dios tiene la última palabra y hará justicia a quienes le gritan día y noche. Pero, mientras llega esa hora, el clamor de quienes viven gritando sin que nadie escuche su grito no cesa.

Vivimos en un mundo donde se considera al ser humano un bien de consumo, que se puede usar y luego tirar. Nos dice el papa Francisco que ya no sufrimos solo explotación, sino que en muchos casos los excluidos son tratados como desechos y sobrantes (EG 53).

¿Cuándo escuchará Dios sus oraciones? ¿Mis actitudes se parecen más a la indiferencia y molestia del Rey? ¿O procuro unir mi voz a la de los pobres y sufrientes?

La exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* nos expresa que: “De nuestra fe en Cristo hecho pobre, y siempre cercano a los pobres y excluidos, brota la preocupación por el desarrollo integral de los más abandonados de la sociedad” (EG 186).

Un discípulo persevera en la oración, a pesar de la más cruda indiferencia en favor del que sufre. Son los pobres, pero también puede ser una anciana cercana aquejada por una enfermedad, una madre cansada y sin fuerzas para luchar por su familia, un adulto aprisionado en la rutina que no encuentra gusto a la vida, un niño absorto en el mundo digital anhelando le presentan otros horizontes.

Compartimos un breve fragmento de una obra sumamente valiosa, destinada a los responsables y coordinadores de espacios catequísticos, pero que nos interpela a cada uno de nosotros.

“Por ser este un trabajo de investigación, va dedicado especialmente a quienes están dispuestos a profundizar una línea eclesiológica pastoral-catequística, con importantes aportes que ofrecen diversos Documentos latinoamericanos”. Con el Concilio Vaticano II, la Iglesia se afianzó en su opción por los pobres y la catequesis no debe ser la excepción.

Los pobres como lugar teológico

(...) “El Dios revelado por Jesús, es el Dios del Reino, cuya voluntad es establecer su proyecto-reino transformando los sufrimientos y la vida de indignidad de los pobres, contra la abundancia desmedida de los ricos. Allí Dios promete y se compromete a establecer un reino sin diferencias ni injusticias como un Dios ‘justo’ y ‘compasivo’, que opta ponerse de parte y actuar en favor de los que menos tienen. Desde allí se comprende a Dios, explicitando sus características específicas para acercarse al significado teológico de los pobres. Jesús al proclamar bienaventurados los pobres, revela el verdadero rostro de Dios; no el mérito o virtud de los destinatarios, sino la justicia del Reino de Dios y su voluntad que los pobres tengan vida en abundancia[1].

El ‘ser’ de Dios es con y para los pobres, identificándose con ellos y con su causa, por lo que se puede decir que el pobre se convierte así en lugar teológico, lugar de revelación (teo-fánico) de Dios, en cuanto que en ellos Dios está presente. Los pobres son lugar teológico, lugar de Dios, en tanto que son el lugar donde el Dios de Jesús se manifiesta de modo preferencial: *Sí, Padre, esa ha sido tu elección (Mt 11, 25-26)[2]*”.

Pobreza como compromiso

(...) “El compromiso y el trabajo junto al pobre tienen que buscar que éste desarrolle su propia cosmovisión, viva los valores propios de su identidad sin renunciar a ella, luchando contra la amenaza de su destrucción. Desde esta premisa se redefinen el compromiso, el trabajo o actividades emprendidas junto al pobre.

Así entendida la problemática, la cuestión de la ayuda de bienes materiales depende del cumplimiento de la premisa anterior, dado que muchas veces las llamadas ‘ayudas de bienes materiales’ terminan deteriorando aún más su situación o incluso destruyendo a la persona. El verdadero compromiso de liberación radica en promover integralmente la dignidad de la persona, descubriendo así sus propias potencialidades. El compromiso, trabajo o actividades en favor del pobre, no son en sí mismo un problema, pero sí lo es la manera de llevarlos a cabo y sus verdaderos

objetivos. De ahí que la cuestión no es si hay que hacer beneficencia, educar o concientizar, sino si esa determinada actividad (considerando el contexto y la situación) le ayuda o no a plenificarse como persona y a emprender la tarea-desafío de superar la amenaza de su existencia. Aquí radica la autenticidad o validez del compromiso”.

[1] Cf. Pablo RICHARD, Teología en la Teología de la Liberación, 203.

[2] “Es la oración mesiánica de Jesús ante la revelación sorprendente de Dios a los desheredados de este mundo. En una sociedad donde el prestigio era una forma de poder y de seguridad económica, la ignorancia era considerada no sólo como ausencia de conocimiento, sino como una marca sobre las personas que carecían de instrucción o enseñanza. Ya en la época de Jesús, algunos grupos consideraban ‘malditos’ a los que no conocían la Ley en profundidad. Jesús denuncia esa falsa religiosidad. La salvación no depende de una mayor o menor pericia en la compleja interpretación bíblica, sino de la capacidad para captar el paso de Dios en la historia y de la disponibilidad para aceptar el llamado de Dios” (Luis SCHÖKEL, La Biblia de nuestro Pueblo, 1853-1854).

(Promover la dignidad: un servicio catequístico desde el pobre. Opciones y propuestas, Carlos Tazzioli, Editorial Claretiana, 2014).
